

LAS GRANDES IDEAS VIVEN MÁS TIEMPO QUE QUIENES LAS PIENSAN: HERMANN RORSCHACH Y SU *PSYCHODIAGNOSTIK* (*)

Resumen

Hermann Rorschach (1884-1922), Jean Piaget (1896-1980), Ludwig Binswanger (1881-1966), Carl Gustav Jung (1875-1961), Eugen Bleuler (1857-1939) y Edouard Claparède (1873-1940) fueron grandes personalidades suizas en la historia de la psiquiatría y la psicología.

Jung se acercó al psicoanálisis hacia 1907, siendo considerado por Freud como el que heredaría la responsabilidad de representarlo cuando él desapareciera; sin embargo, en 1914 se alejó del movimiento psicoanalítico y sentó las bases de la *Analytische Psychologie*. Piaget dedicó toda su vida a elaborar una importante y sofisticada teoría del desarrollo cognitivo. Binswanger, inicialmente interesado por el psicoanálisis, se inclinó con el paso del tiempo por el existencialismo de cuño heideggeriano y forjó el sistema terapéutico conocido como *Daseinanalyse*. Bleuler ha ingresado a la historia de la psiquiatría con sus teorizaciones acerca de la esquizofrenia y la introducción de este término en remplazo de la denominación kraepeliniana de *dementia praecox*. Por último, Claparède jugó un rol muy importante en la psicología del desarrollo de inicios del siglo XX y en la constitución del importante movimiento psicotécnico.

A diferencia de todos ellos, Rorschach no fue un gran teórico de la psicología sino alguien que efectuó una valiosa contribución a la tecnología psicológica: las diez láminas que integran lo que él denominó el *Psychodiagnostik*.

Las *láminas de Rorschach*, como también se las conoce, son una presencia imprescindible en el arsenal de todo psicólogo clínico dedicado al trabajo diagnóstico y la tarea psicoterapéutica, y van a alcanzar pronto los cien años de existencia, mientras que su autor falleció hace noventa.

Fallecido Rorschach, las láminas han hecho su “vida propia” en latitudes tan alejadas de su Suiza natal como Perú, Ecuador o Panamá (para solo mencionar tres países del hemisferio americano). En la presente comunicación se trata de la vida de Rorschach, prematuramente concluida cuando se aproximaba recién a los 40 años, y también de la agitada pero muy exitosa existencia que ha tenido su *Psychodiagnostik*.

No hay nación sin héroes ni figuras míticas, que encarnan las excelencias a las que aspira todo grupo humano unido por un pasado común, un mismo presente y un futuro que espera compartirse. Personalidades legendarias y mitos, estos últimos modalidades alegorizadas que nos remiten a los orígenes de los pueblos (Huarag Álvarez 2011), son estímulos para el compromiso y la capacidad de sacrificio que toda nación demanda de quienes la integran.

En los Estados Unidos de Norteamérica, por ejemplo, George Washington (1732-1799) y Abraham Lincoln (1809-1865) son figuras arquetípicas, a cuyo recuerdo e inspiración se ha recurrido en los grandes pero también en los difíciles momentos de la historia de ese país (Schwartz 1991, 1997, Schwartz & Schumann 2005).

Mutatis mutandis, algo semejante sucede en el terreno de las ciencias. Cada una tiene sus figuras legendarias: Isaac Newton (1642-1727) y Albert Einstein (1879-1955) no faltarán aún en el más elemental recuento histórico de la física, así como en la medicina, comenzando por Hipócrates (*circa* 460 a.C. – 370 a. C.) hasta llegar a Jonas Salk (1914-1995), pasando por William Osler (1849-1919), Harvey Cushing (1869-1939), Rudolf Virchow (1821-1902) y Robert Koch (1843-1910), encontramos una galería de grandes personalidades.

El panteón de los grandes de la ciencia ofrece una visión biográfica del desarrollo de cada saber a través del tiempo pero, además, propone modelos de desarrollo de vida y de entrega al saber para científicos

(*) Versión ampliada y corregida de la ponencia por invitación con el mismo título presentada en el Seminario Interculturelle, la contribución de la cultura suiza al mundo, celebrado en Santiago de Chile, el 16 de noviembre del 2011 y organizado por la Universidad del Pacífico y la Embajada de la Confederación Suiza en ese país.

y para estudiantes. De gran significado es asimismo la importancia de estas personalidades en el desarrollo de la identidad y del orgullo nacionales (véase, entre lo más reciente, Harrison & Johnson 2009, que reúne un conjunto de trabajos sobre el tema).

Así, por ejemplo, la naciente Unión Soviética reivindicó para sí y ofreció todas las facilidades posibles a Ivan Petrovich Pavlov (1849-1936), consagrado con el Premio Nobel de Medicina y Fisiología en 1904, a pesar de que éste solía ir a distancia con el régimen de los Soviets (Rose *et al.* 1992; Windholz 1993).

En el presente trabajo trataremos de Hermann Rorschach (1884-1922), importante psiquiatra suizo que ha legado un *test* de difundido uso en la práctica clínica y en la investigación psicológica.

Suiza en la historia de la psiquiatría y la psicología

En materia de grandes figuras de la ciencia y de la cultura, las dimensiones físicas de las naciones de las cuales provienen no parecen jugar un rol determinante.

Si dejamos de lado los Estados Unidos de Norteamérica y Rusia (o la fenecida Unión Soviética), países de gran extensión, podemos verificar que estados relativamente pequeños han sido la cuna de un número significativo de personalidades destacadas. Tal el caso de Dinamarca, una nación de dimensiones reducidas (con poco más que 43 mil kilómetros cuadrados) que, sin embargo, ha dado a la humanidad a un gran filósofo (Søren Kierkegaard, 1813-1855), un literato mundialmente conocido (Hans Christian Andersen, 1805-1875) y un físico de talla mundial (Niels Bohr, 1885-1962).

Polonia también puede ser mencionada. Esta nación, de tan accidentada historia y en la cual se habla una lengua particularmente difícil, compartida por menos de 40 millones de personas, puede presentar una galería de cuatro Premios Nobel de Literatura: Henryk Sienkiewicz (1846-1916), Wladislaw Reymont (1867-1925), Czeslaw Milosz (1911-2004) y Wislawa Szymborska (1923-2012).

Tal es, por último, el caso de Suiza, presente en la historia de la psiquiatría y la psicología con varios nombres: Hermann Rorschach, Jean Piaget (1896-1980), Ludwig Binswanger (1881-1966), Carl Gustav Jung (1875-1961), Eugen Bleuler (1857-1939) y Edouard Claparède (1873-1940).

Permítasenos unas palabras acerca de cada uno de ellos.

Carl Gustav Jung se acercó hacia 1907 al psicoanálisis, forjado por Sigmund Freud, siendo acogido por este como el *Kronprinz*, con la responsabilidad de representar a esa doctrina cuando él desapareciera. Pero en 1914 Jung se alejó del movimiento psicoanalítico y sentó las bases de su *Analytische Psychologie*, prosiguiendo su incansable labor de escritor cuyas ideas han influido en el arte, en la literatura y en la historia, además de la psicología, la psiquiatría y la psicoterapia.

Jean Piaget, por su parte, dedicó su vida y su trabajo en Ginebra a elaborar la que sigue siendo la más importante y sofisticada teoría del desarrollo cognitivo, que “ha monopolizado la investigación académica en torno a los niños y adolescentes por casi medio siglo y ha sido particularmente influyente en las escuelas modernas” (Moghaddam 2009; p. 136).

A su vez, Ludwig Binswanger, inicialmente interesado por el psicoanálisis, progresivamente se inclinó por el existencialismo de cuño heideggeriano y forjó el sistema terapéutico conocido como *Daseinanalyse*. Eugen Bleuler, asimismo cercano al psicoanálisis (si bien no seguidor del mismo en todos sus planteamientos), se ha ganado un sitio en la historia de la psiquiatría con sus teorizaciones acerca de la esquizofrenia y la introducción de este término en remplazo de la denominación de *dementia praecox* (Scharfetter 2006). Por último, Edouard Claparède, con su permanente actividad de escritor y de organizador, jugó un rol muy importante en la psicología del desarrollo de inicios del siglo XX así como en la constitución del importante movimiento psicotécnico, de gran vigor en la primera mitad de esa centuria (Dorsch 1963).

Nuestra lista no termina. Debemos incluir en ella a dos figuras hoy injustamente olvidadas, en su momento sin embargo muy conocidas y respetadas: Théodore Flournoy (1854-1920) y Paul Dubois (1848-1918).

Todos ellos fueron suizos, pero la significación de algunos desborda el campo de la psicología y de la psiquiatría. Jung, por ejemplo, resulta siendo de importancia también para otras ramas del saber, como la historia, en la cual su influencia en la obra del británico Arnold J. Toynbee (1889-1975) o en la del rumano Mircea Eliade (1907-1986) es claramente reconocible (Clarke 1994), así como en la literatura: Hermann Hesse (1877-1962), el autor de *Demían*, *Narciso* y *Goldmundo* y *El juego de abalorios*, fue influido por las concepciones junguianas (Prinz 2000). No olvidemos, además, la relevancia de sus ideas para el estudio de los fenómenos paranormales (Belz 2009).

Jean Piaget, por su parte, es alguien a quien se puede calificar de genial, y que protagoniza desde hace cerca de 60 años y aún después de muerto una polémica de lo más interesante en el mundo de la psicología a través de las páginas de sus innumerables libros con otro fallecido que, sin embargo, goza de muy buena salud en el terreno de las ideas: Lev S. Vygotsky (1896-1934) (*vide* Pass 2004).

Aparte de la epistemología genética, disciplina a la que él diera constitución e impulso, Piaget es una figura relevante para la psicología infantil, la pedagogía, la filosofía y la psicología cognitiva.

Binswanger nos impresiona por los finos análisis existenciales contenidos en sus obras, en tanto que Bleuler ha formulado una detenida visión clínica de la esquizofrenia, algunas de cuyas suposiciones conservan vigencia.

Por cierto, el de Rorschach es un nombre que no se escucha con frecuencia más allá de los confines de la psicología y de la psiquiatría. No compite, en absoluto, con el número de citas y menciones en la literatura y medios académicos que reciben sus compatriotas Jean

Piaget, el lingüista Ferdinand de Saussure (1857-1913) o el legendario arquitecto Le Corbusier (1887-1965).

Sin embargo, conserva actualidad. La *Encyclopædia Britannica* incluye una entrada con su nombre y otra dedicada al reactivo que él creó, el *Psicodiagnóstico* de Rorschach. En la décimoquinta edición, del año 1995, Rorschach y su *Psychodiagnostik* reciben siete citas. Por comparación, Piaget recibe diecinueve y De Saussure diez.

Rorschach no fue un gran teórico de la psicología, sino alguien que efectuó un aporte a lo que denominaremos la tecnología psicológica, es decir al instrumental del que dispone el psicólogo (en especial, el clínico) para su trabajo. Su contribución la constituyen las diez láminas que integran el *Psychodiagnostik*: veneradas por unos, cuestionadas por otros, consideradas la vía más efectiva para ingresar en la subjetividad del otro por parte de quienes las estudian, las emplean y enseñan su uso, y devaluadas a nivel de superchería que permite que el psicólogo pueda encontrar lo que quiera en cada persona (Lilienfeld *et al.* 2001), ellas han sobrevivido largamente a su autor, fallecido hace cerca de noventa años.

Las láminas de Rorschach

Hoy muy difundida entre la comunidad psicológica, la técnica desarrollada por Rorschach fue presentada a inicios de los años 1920 con términos muy modestos, que acá tomamos de la traducción castellana con la cual hemos trabajado:

“En las siguientes páginas se describe la técnica y los resultados hasta ahora logrados en un experimento psicológico que, a pesar de su sencillez, ha demostrado ser valioso en la investigación y en la aplicación de pruebas en general. Para empezar, debe indicarse que todos los resultados son, en esencia, empíricos. Las preguntas que dieron lugar a los experimentos originales de este tipo (1911) eran de una clase distinta a las que se desarrollaron de manera lenta, al avanzar el trabajo. Las conclusiones obtenidas, por tanto, deben considerarse más como

observaciones que como deducciones teóricas. La base teórica para el experimento está, en su mayoría, bastante incompleta.

También se debe tomar nota de que se han revisado constantemente las observaciones sobre sujetos normales, comparadas con observaciones en pacientes y viceversa” (Rorschach 2000; p. XVII).

Para el autor, como vemos, lo suyo era un experimento psicológico que “*a pesar de su sencillez*” se revelaba prometedor. La base teórica, “*bastante incompleta*” según sus propias afirmaciones, requería un enriquecimiento sustantivo. Nada de grandilocuencias; al contrario, una presentación sobria, hasta humilde podríamos decir. El estereotipo del suizo como alguien reservado, poco afecto a la figuración, parece cumplirse en el caso de Rorschach.

Fallecido su creador, las láminas han hecho su “vida propia”. Al comienzo no despertaron interés alguno más allá de Suiza: Benton (1950) señala que entre 1924 y 1926 solo se publicó un trabajo en revistas norteamericanas y británicas (Rorschach & Oberholzer 1923). Entre 1927 y 1929 no se registra trabajo alguno, pero desde el bienio 1930-1932 (9 trabajos) hasta el de 1945-1947 (159 trabajos) el crecimiento es impresionante. Hoy, la magnitud de la bibliografía es inconmensurable².

Probablemente Rorschach jamás imaginó que en latitudes tan alejadas como el Perú, Ecuador (Endara 1954, Flachier del Álcazar 1995) o México (Pascual del Roncal 1949), ellas serían empleadas, difundidas, y sometidas a una serie de consideraciones que en algunos casos poco tienen que ver con su propósito original. Aun en la Cuba de hoy las láminas son conocidas y difundidas (Alonso Álvarez & Colli Alonso 2001, Fernández Olazábal & Pardillo Palomino 2008, Dueñas Becerra & Colli Alonso 2003).

En el Perú, Honorio Delgado (1892-1969), la gran figura de la psiquiatría peruana en el siglo XX, contribuyó de modo decisivo a la difusión del *Psychodiagnostik* (de

2. Gacono & Evans (2008) señalan que es solo superada por la que trata del MMPI/MMPI-2.

aquí en adelante citado por su nombre en castellano, *Psicodiagnóstico*): en el número 4 del quinto y último volumen de la *Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas*, que editara entre nosotros, se incluyó “Valor del experimento de interpretación de formas para la psicoanálisis”, presentándolo como trabajo póstumo de Rorschach (agregando que era “publicado por el doctor Emil Oberholzer en la *Zeitschrift für die gesamte Neurologie und Psychiatrie*, Berlín 1923, en la versión castellana de Luis López-Ballesteros y de Torres”) (Rorschach 1924)³.

En Chile, entre los muchos cultores y concedores del test de Rorschach, mencionaremos solo a uno, privilegiado interlocutor de algunas de las grandes figuras del movimiento psicoanalítico y miembro de la Sociedad Suiza de Psicoanálisis: el doctor Fernando Allende Navarro (1890-1981) (Allende Navarro 1969, Allende Navarro & Aliaga 1969; ver además Winkler 2007).

¿Cómo así una técnica presentada con tanta humildad (el término nos parece el apropiado) ha terminado convirtiéndose en una creación cultural de significado, inmortalizando además a su creador?

Lo cierto es que antes de la aparición del *Psicodiagnóstico* la psicología no disponía de algún procedimiento medianamente estandarizado para el estudio en profundidad de la personalidad (Butcher 2010). Inventarios y cuestionarios, hoy de difundido empleo, eran casi inexistentes; las así llamadas pruebas proyectivas eran aún inimaginables. En realidad, éstas comienzan con la aparición de las láminas.

El *Psicodiagnóstico*, aún cuando fuera presentado con las palabras tan cautelosas que hemos citado párrafos atrás, ganó reconocimiento como prometedora vía de acceso a la subjetividad de cada cual; una vía que avanzaba partiendo de la percepción hacia los entresijos

3. Emil Oberholzer (1883-1958) fue un psicoanalista con práctica privada en Zurich. Tanto él como Rorschach fueron miembros del Comité Ejecutivo de la Sociedad Psicoanalítica Suiza, él como presidente y Rorschach como vicepresidente (Signer 2012a). El trabajo publicado en la *Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas* es la versión castellana de una conferencia dada por Rorschach semanas antes de fallecer.

de la mente, al encuentro de imágenes y fantasías elaboradas en el momento en el cual el examinado tenía cada lámina ante sí, pero que reflejaban configuraciones psicológicas ya existentes.

De otro lado, las láminas, en su sencillez (o en su complejidad, según como se las vea), poseían y poseen un halo de misterio. A ese aire de misterio se refiere precisamente uno de los grandes rorschachistas del siglo XX, John Exner (1928-2006), cuando escribe:

“Quien estudie seriamente el test sabe de las muchas preguntas sin respuesta en relación con su origen y con los conceptos formulados por Rorschach para su aplicación. Por ejemplo: ¿sus ideas centrales comenzaron a tomar forma en 1911, cuando él y Konrad Gehring hicieron los primeros ensayos con sus estudiantes, o surgieron más bien en 1917, después de que Szymon Hens publicara su disertación sobre interpretaciones de contenido? ¿Cuán familiarizado –continúa preguntándose Exner- estaba Rorschach con las teorías de la percepción de su época, como las de Ach, Mach, Lotze, y si éstas ofrecieron supuestos fundamentales para su prueba” (Exner 2004; pg. 8).

Las láminas han tenido, qué duda cabe, una muy exitosa existencia, pero también muy intensa, porque sus cultores, usuarios y estudiosos han propuesto diferentes enfoques a lo largo del tiempo que, al mismo tiempo que se presentaban como los “correctos”, han jugado un rol muy importante en la permanente renovación experimentada por la técnica.

Algunas paradojas pueden anotarse, la más importante de las cuales es que algunos de los sistemas de calificación (especialmente los surgidos en los Estados Unidos de Norteamérica) tal vez apenas podrían ser entendidos por el creador de la prueba.

Si bien las láminas continúan siendo las mismas, los sistemas de calificación e interpretación ideados por Ewald Bohm (1903-1980) (Bohm 1951), Bruno Klopfer (1900-1971) (Klopfer *et al.* 1954, 1956, 1970), Zygmunt A. Piotrowski (1904-1985) (Piotrowski 1957), Roy

Schafer (1922-) (Schafer 1954), y, más recientemente, por el ya mencionado Exner (Exner 1995), han supuesto ideas y replanteamientos que, creemos, deberían ser -si eso fuera posible- sometidas a la mirada crítica del padre de la técnica.

Este, lamentablemente, falleció demasiado joven y no tuvo la posibilidad de “controlar” el curso que tomó su creación. Estudioso, versátil, incansable trabajador, hombre de amplios horizontes culturales y clínico de intuiciones certeras, Rorschach, de haberle concedido el destino unos veinte años más de vida, habría enriquecido las bases teóricas de su técnica, precisado los parámetros de calificación e interpretación, y establecido las áreas de su aplicación.

Breve biografía de Hermann Rorschach

Hermann Rorschach nació en Zurich el 8 de noviembre de 1884, y allí llevó la vida de todo niño y adolescente de su época, excepto por el dramático hecho de la muerte de su madre, en 1897, cuando solo tenía 13 años de edad.

Llegado el momento de decidir su futuro profesional, optó por la medicina, que estudió entre 1904 y 1910 en Zurich y Berna. En 1910 contrae matrimonio con Olga Stempelín y en 1912 se doctora en medicina con un trabajo sobre alucinaciones reflejas, bajo la dirección de Eugen Bleuler.

Terminados los estudios universitarios, se inclinó por la psiquiatría, una especialidad poco prestigiosa en una época en la cual todo lo que se podía hacer, en ausencia de los psicofármacos (que recién aparecerían hacia mediados del siglo XX), era cuidar la integridad física del paciente, alimentarlo y estar pendiente de su higiene. O sea muy poco⁴.

4 En un libro dedicado a la biografía de una psicoanalista (Sabina Spielrein, 1885-1942) que tuvo un trágico destino, se encuentra una circunstancial pero interesante relación de los métodos de tratamiento psiquiátrico al comenzar el siglo XX: reposo en la cama, aislamiento, dieta de engorde, ligeros trabajos corporales, gimnasia terapéutica, masajes, estancias al aire libre, medicación con arsénico y hierro, dietas, hidroterapia, mecanoterapia y electroterapia (Richebächer 2008).

Después de trabajar un tiempo en el sanatorio de Münsterlingen, en 1913 dejó Suiza para trasladarse a Rusia con su esposa. En ese país se desempeñó en el sanatorio de Krukovo, en las cercanías de Moscú. En 1914, sin embargo, retorna a su patria, trabajando en su especialidad. Entre 1917 y 1919 da inicio a los estudios que fueron la base del *Psicodiagnóstico*.

El 2 de abril de 1922 falleció a causa de una peritonitis, dejando esposa y dos pequeños niños.

“Herman Rorschach fue enterrado el día 5 de abril en el cementerio de Nordheim, en Zürich. Pronunció el discurso fúnebre su viejo amigo el párroco y psicoanalista Oskar Pfister, que habló a los presentes de la actitud estoica de Rorschach y de sus cristianas palabras pronunciadas antes de la muerte. El Prof. Eugen Bleuler habló de su fallecimiento como de una trágica e irreparable pérdida, no solo para su familia, sus amigos y colegas, sino asimismo para la ciencia, y lamentó el hecho de que ninguno de ellos sería capaz de proseguir y completar la obra del genial investigador. Su tumba lleva la inscripción siguiente: Hermann Rorschach, Dr. Med., 1884-1922, Psiquiatra” (Ellenberger 1967, pg. 44).

Rorschach no era el típico alienista de la época, tal como se solía llamar a los psiquiatras en aquel entonces. Sin dejar de reconocer la inmensa importancia que tenía el pensamiento de Wilhelm Griesinger (1817-1868), quien insistía en que toda enfermedad mental era una enfermedad cerebral, él apuntaba a algo más: a estudiar la subjetividad de las personas, comenzando por la percepción. Las láminas son la expresión concreta de ese interés.

Pero si bien el nombre de Rorschach está vinculado a su creación, el *Psicodiagnóstico*, sería injusto que solo nos refiriéramos a las láminas que lo conforman. Rorschach fue autor de intereses muy variados en la psicología y la psiquiatría. Algunos de los temas que abordó a lo largo de su corta existencia resultan hoy muy actuales. Nos estamos refiriendo a su interés por las sectas, a las que dedicó varios escritos (tales como

“Sobre las sectas suizas y sus fundadores”, “Algo más acerca de las sectas suizas”, “Estudios sobre sectas” y “Los fundadores de sectas suizas”) contenidos en las *Obras menores e inéditas*, recopiladas por Kenower W. Bash (1913-1986, uno de los cofundadores de *The International Society of the Rorschach and Projective Methods* y su presidente entre 1981 y 1986) y publicadas en castellano en 1967 (Rorschach 1967).

El tema del folklore así como el de la mitología y el de la historia del arte y la religión concitaron igualmente su atención. El inventario de los Fondos Hermann Rorschach, en los archivos y museo que llevan su nombre, ofrecen una panorámica de la amplitud de sus horizontes científicos (Signer 2012b).

El *Psicodiagnóstico* de Rorschach y la percepción

Volvamos, dicho lo anterior, al *Psicodiagnóstico*.

La percepción ha sido privilegiado objeto de estudio desde el inicio mismo de la psicología. Función básica, de todos los días en el uso que hacemos de ella en el trato con los demás, en la captación de la realidad y en la consecuente toma de decisiones, es un fenómeno de extraordinaria complejidad en torno al cual se han suscitado más de una acalorada y prolongada disputa así como numerosas reflexiones, como lo documentan Pastore (1971) y Boring (1942).

La percepción va asociada, como bien sabemos, a la imaginación. Una y otra se influyen recíprocamente, no siempre para el bienestar de las personas. Una de las grandes enseñanzas de Epicteto (55-135) fue, precisamente, separar el contenido de la una del contenido de la otra, a fin de garantizar el reconocimiento lúcido de los hechos y, por tanto, sentar las bases de la tranquilidad espiritual (Epicteto 2007). Pero, como bien sabemos, eso es más fácil de decir que de cumplir.

Percepción e imaginación son las funciones que Rorschach buscó examinar, pues entendía que su exploración era la puerta de ingreso a las profundidades de la vida psicológica de cada cual.

Y por eso creó las láminas, que no son otra cosa sino un estímulo para que quien las vea deje trabajar primero su percepción y en seguida su imaginación, con sus poderes y sus limitaciones, y comience a imaginar aquello que en realidad no aparece en las manchas de tinta pero que él ha creado en su proceso imaginativo.

En ese proceso entran a tallar, entre otras funciones, el pensamiento, que permitirá organizar los constructos imaginativos de cada cual y contrastarlos con aquello que es propio de las manchas; y, el lenguaje, que dará expresión coherente –según el bagaje lingüístico del entrevistado- a sus imágenes.

La descripción que hemos hecho trae consigo el riesgo de simplificar lo que ocurre cuando una persona es solicitada a ver las láminas y a dejar trabajar su imaginación. Cualquier psicólogo clínico con experiencia en la aplicación del *Psicodiagnóstico* sabe perfectamente que las cosas son mucho más complejas.

Se recomienda por ejemplo no iniciar la serie de entrevistas con el consultante con la aplicación del *Psicodiagnóstico*, sino con una prueba más sencilla, menos exigente: por ejemplo, el dibujo de la figura humana, creación de Karen Machover (fallecida en 1996) o el aún más simple procedimiento del dibujo libre.

Tres preguntas en torno al *Psicodiagnóstico* de Rorschach

Tres preguntas surgen con respecto a esta prueba psicológica y a su inmensa difusión en la psicología.

La primera es: ¿por qué estas manchas de tinta constituyen un procedimiento estandarizado y reconocido para estudiar e interpretar la personalidad?

La pregunta nos parece plenamente justificada pues en la realidad circundante, en la naturaleza misma, hay miles de situaciones y de estímulos que pueden tener un valor semejante o aún mayor para despertar elementos propios de nuestra vida interior, de los aspectos más recónditos de nuestro ser, mucho más complejos y mucho más ricos que las manchas de tinta que ideó Rorschach.

La imaginación misma, por sí sola, bien lo sabemos, es capaz de evocar, muchas veces con mínima estimulación, imágenes y situaciones que pueden resultar conmovedoras. Por ejemplo, los cuadros de Hieronymus Bosch (*circa* 1450-1516) o de Pieter Brueghel el Viejo (*circa* 1525-1569), o la *Symphonie Phantastique*, de Hector Berlioz (1803-1869).

Nosotros no poseemos, sin embargo, ni la capacidad expresiva o evocativa de un Bosch o de un Brueghel, ni las habilidades musicales de un Berlioz: los seres humanos simples y corrientes estamos atormentados por otro tipo de preocupaciones, y no por las imágenes y sonidos que poblaban la mente de estos grandes artistas.

De allí que el empleo de las diez láminas del Rorschach pueda constituir una adecuada manera de explorar la personalidad, sin tener que hacer todo el despliegue pictórico y musical que sería necesario si empleáramos cuadros famosos o melodías. La ambigüedad que las caracteriza constituye una situación que incita a respuestas individuales, en las que el examinado entenderá e integrará a su manera los estímulos que tiene al frente.

En efecto, *ambigua*: ese es el más apropiado calificativo que puede aplicarse a cada una de las láminas. Algunas lo son más que otras (el nivel de ambigüedad de la lámina V es menor que el de la lámina VI, para citar un ejemplo), pero en todas el examinado se ve confrontado con estímulos para los cuales no hay respuesta ni verdadera ni falsa, debiendo guiar su conducta por lo que aparece en su conciencia como la forma más plausible de reacción.

La segunda pregunta tiene que ver con la difusión alcanzada por esta prueba, que al inicio fue aplicada sobre todo por psiquiatras suizos pero que en poco tiempo inició una rutilante carrera por el mundo entero.

No cabe duda de que, sin la presencia del psicoanálisis, la doctrina que creara Sigmund Freud, muy diferentes serían la comprensión y la imagen que tenemos del mundo, de nuestros semejantes y de nosotros mismos. Con él se superó una psicología académica ajena a las

preocupaciones cotidianas y a las tragedias propias de la especie humana, una disciplina que se agotaba en el trabajo de laboratorio, como fue la que creó e impulsó Wilhelm Wundt (1832-1920), el así llamado padre de la psicología experimental, dedicada a estudiar funciones de la vida psicológica muy importantes, como la sensación, la percepción y la memoria, pero que dejaba de lado todo lo que ocurre en la existencia cotidiana de las personas, dando lugar a una psicología cercana al ser humano y a su drama existencial.

Eso fue lo que recuperó Freud. Y lo hizo con una doctrina que se dedicó a estudiar el inconsciente, dándole carta de ciudadanía científica.

Pero Freud no solo se dedicó a estudiarlo, sino que además lo hizo no desde la universidad (donde habría sido muy difícil que pudiera llevar a cabo sus trabajos y, sobre todo, que éstos recibieran la aceptación como tema de interés por sus colegas) sino, más bien, desde su consultorio privado, en la hoy famosa *Berggasse XIX*, con hombres y mujeres sufrientes, dando a conocer los resultados de sus indagaciones y reflexiones en un lenguaje lejano de la acartonada terminología académica y en un estilo que podía ser entendido por cualquiera. Así es: cualquiera puede leer su *Psicopatología de la vida cotidiana* (Freud 1968b) y su *El chiste y su relación con lo inconsciente* (Freud 1968c), para no mencionar el clásico de los clásicos de la literatura psicoanalítica, *La interpretación de los sueños* (Freud 1968a).

Es precisamente en esas obras que Freud da valor a lo que hasta ese momento nadie había considerado como un tema importante: los sueños, los chistes, las ocurrencias de cada cual, pero también los errores al hablar, al escribir, las ideas tontas y locas que de pronto aparecen en nuestra conciencia y que solemos expulsar en medio de asombros internos y de sonrisas solitarias que tienen un cierto aire de palomillada y de malevolencia.

En la época en la cual vivió Rorschach Freud era ya ampliamente conocido en Suiza y en toda Europa. En Suiza precisamente dos grandes figuras se habían encargado de dar a conocer su obra, de difundirla y en los comienzos hasta de defenderla: Eugen Bleuler y Carl Gustav Jung.

Opacados ambos en buena medida por la imponente figura y la impresionante obra de Freud, quien conozca algo de ellos podrá darse cuenta que se trata de personalidades con valor científico por derecho propio. Injusto sería considerarlos solo como simples epígonos del creador del psicoanálisis.

Es posible pues deducir la influencia de Freud en las ideas y los planteamientos de Rorschach, más aún si se tiene en cuenta que Bleuler fue su *Doktorvater*, o sea el asesor de su tesis doctoral.

Esa influencia se expresa en la suposición de Rorschach de que estímulos ambiguos darán lugar a reacciones sumamente personales, que reflejarán mucho de lo esencial de la subjetividad de quien responde.

Desde la década de los 30 en adelante los psicólogos creen encontrar en las láminas una posibilidad –tal vez la única- de sondear el psiquismo del otro. Esa idea es la que desarrollaron todos los grandes estudiosos de este reactivo psicológico.

Hay todavía una tercera pregunta: ¿por qué el culto al Rorschach? ¿por qué a pesar del tiempo y de las críticas, muchas de ellas muy severas, tanto que degeneran en diatribas, pero otras muy solidas, sigue siendo empleado y disfruta de tan buena salud cuando se acerca ya a los cien años de existencia?

En primer lugar, porque las láminas han tenido la fortuna de contar -tras la prematura desaparición de su creador- con activos y entusiastas difusores, incurables adictos al trabajo y obsesos estudiosos de ellas, que han contribuido a su conocimiento y renovación en el mundo entero.

Ya hemos citado a Emil Oberholzer, así como a Klopfer, Piotrowski y Exner, que influyeron en el interés de sus seguidores y discípulos por el *Psicodiagnóstico*, y que son recordados como entusiastas e imaginativos expertos en él.

Pero debemos mencionar también a Samuel J. Beck (1896-1980), Walter Morgenthaler (1882-1965), David Rapaport (1911-1960), Marguerite Rosenberg Hertz (1899-1992), Maria Rickers-Ovsianskina (1898-1993)

y Marguerite Loosli-Usteri (1893-1958) (véase Kleiger 1993, Erdberg & Weiner 2007, Handler 1995; una visión de conjunto se ofrece en Megargee & Spielberger 1992)⁵.

Señalemos, sin embargo, que tal vez la respuesta más sencilla sea porque la psicología aún no ha encontrado ni ideado otro método más eficaz para estudiar la personalidad. No hay forma de penetrar en ella con la seguridad con la cual por ejemplo un gastroenterólogo puede hacer descender hasta la cavidad estomacal un aparato para hacer una endoscopia.

No hay una cosa así, y tal vez nunca la habrá. Los psicólogos confiamos, unos más y otros menos, en nuestra capacidad de observación a la hora de entrevistar a un consultante; y, para estar un poco más seguros, solemos utilizar lo que se denomina una batería de pruebas, que incluye inventarios, cuestionarios y pruebas proyectivas.

En esa batería han destacado históricamente tres grandes herramientas: el TAT (*Test de Apercepción Temática*; Murray 1973), el MMPI (*Inventario Multifásico de la Personalidad de Minnesota*; Hathaway & McKinley 1940), y el *Psicodiagnóstico* de Rorschach.

Quien se acerque a ellas encontrará, aparte de obvias diferencias, algunas similitudes: la magnitud de las tareas que proponen y el esfuerzo que supone absolverlas. Una aplicación *standard* de la prueba de Rorschach supone presentarle las diez láminas al examinado y registrar sus respuestas (que pueden ser varias) y su conducta no verbal y, una vez concluida la fase de aplicación, llevar a cabo un detenido interrogatorio con búsqueda de precisiones referidas a los elementos de la lámina que están en el origen de cada afirmación (en la que las ligeras variaciones de tonalidad pueden cobrar una importancia decisiva) hecha por el examinado.

El TAT, la creación que Henry A. Murray (1893-1988) dió a la publicidad en 1936 (Morgan 1995), demanda un procedimiento muy semejante. Ante una lámina en la cual aparecen una o dos personas en situaciones neutras

(por ejemplo, un niño mirando un violín) o ambiguas (dos personas de sexos opuestos mirándose a la cara) el evaluado debe crear una historia que incluirá el pasado, el presente y el futuro, para después responder las preguntas que el evaluador le formulará con respecto a detalles argumentales de la historia elaborada o la percepción de algunas de las características de las diferentes láminas que ha tomado en cuenta en la elaboración de su relato.

Por último, el MMPI, desarrollado por Starke R. Hathaway (1903-1984) y John. C. McKinley (1891-1950), un inventario que admite tres posibilidades de respuesta (*sí, no y no sé*), tiene en su versión original nada menos que 550 ítems, que evalúan una serie de dimensiones de la personalidad. Es una prueba *mamut*, elaborada –paradójicamente– sin mayor construcción teórica que la respalde pero cuyos resultados suelen ser considerados como muy valiosos y confiables por parte de quienes la aplican. La extensión de esta prueba, sin embargo, demanda que la persona la responda por lo menos en dos sesiones.

A pesar de esto, el MMPI es una herramienta psicológica de uso mundial (Butcher 1996) y de la cual, tal como si fuera una mina, han surgido numerosos reactivos, algunos de los cuales evalúan aspectos que apenas fueron considerados por Hathaway y McKinley al momento de construirlo (véase, por ejemplo Keller *et al.* 1991, Vendrig 2000).

Las láminas de Rorschach y la importancia de lo primitivo

Para quienes están lejanos a la psicología puede constituir un misterio insoluble cómo es que diez manchas de tinta pueden ser consideradas como una efectiva clave de ingreso al estudio de la personalidad. Se trata, al fin y al cabo, de creaciones sumamente primitivas, en claro contraste con la sofisticación de otras configuraciones tecnológicas en las que a través del despliegue de refinamiento y precisión se establecen las bases de un acuerdo para su uso y su interpretación.

No hay una respuesta a esta suerte de objeciones, excepto la que ofrece el clínico, quien dirá que en sus

⁵ Al menos una mención debe hacerse a Theodora Alcock (1888-1980), la gran difusora del *Psicodiagnóstico* en Inglaterra e Irlanda, que llegó a ser conocida como “Miss Rorschach” (McCully 1981)..

manos y con su experiencia, el *Psicodiagnóstico* rinde resultados y ofrece valiosísimas intuiciones.

Efectivamente, las láminas ofrecen una imagen de bastante primitivismo. Son sencillamente eso, manchas, unas cromáticas y otras acromáticas. Manchas similares fueron empleadas mucho antes por artistas y pedagogos, como lo anota Richardson (2004), quien señala que por lo menos desde la época de Leonardo da Vinci, artistas y estudiosos han descrito la interpretación imaginativa de fenómenos naturales, tales como cerros, piedras y nubes, caracterizados por formas caprichosas o con un perfil de laboriosa delimitación.

Lo primitivo se convierte así en un desafío para nuestra imaginación y también para nuestra razón.

En su libro *La preferencia por lo primitivo* (Gombrich 2011), que tiene por subtítulo “Episodios de la historia del gusto y el arte de Occidente”, el gran historiador alemán del arte Ernst H. Gombrich (1909-2001) trata del significado de lo primigenio, de lo elemental, de lo que no se distingue ni por el detallismo ni por el perfeccionismo. En la confrontación con lo primitivo, expresión de lo más elemental, de lo basal de nuestra naturaleza (algo que ya había sugerido Read antes que él), podemos encontrar la ocasión para crear un orden y un concierto; tal vez hasta una simetría. Orden, concierto y simetría son algunas de las necesidades que la cultura ha impuesto al ser humano para vivir en ella.

Pero cada cual satisface esas necesidades a su manera y en su propio, único estilo personal. Por eso, la búsqueda de orden, concierto y simetría responderá siempre a las singularidades de nuestra vida interior, a nuestros deseos, obsesiones, fantasías y anhelos, que nos atormentan o nos deleitan.

Quizás en esto radique la fascinación que la técnica de Rorschach despierta aún hoy y el valor que le atribuyen los clínicos.

El *Psicodiagnóstico* de Rorschach y el contexto social en el que surge

Como Jung, Piaget y Le Corbusier, Rorschach vivió en un país del cual se escucha hablar poco en la prensa. Y eso, el que se escuche hablar poco de él, debe ser entendido como algo positivo, especialmente ahora que la prensa hablada, escrita y televisiva nos trae noticias del Viejo Mundo que se distinguen por su naturaleza preocupante.

En otra parte, refiriéndonos a Piaget y a Vygotsky (León 2005), dos figuras centrales en la psicología del siglo XX, hemos planteado que el primero pudo desarrollar su brillante obra no solo por su genialidad, su capacidad de trabajo y por su longevidad, sino también porque vivió en una nación que se mantuvo al margen de las dos guerras mundiales y en la que se desarrolló ya a fines del siglo XIX una forma de convivencia democrática que ha sido garantía para que sus ciudadanos llevaran una existencia civilizada y al margen de muchos de los problemas y angustias que regímenes como el de Stalin depararon a los que les tocó vivir en ellos (véase sobre el particular, entre lo más reciente, Baberowski 2012).

En una sociedad así, Rorschach pudo desplegar su creatividad, pensar con la calma que su corta vida se lo permitió, y proponer un procedimiento que constituye una importante contribución de la cultura suiza a la comprensión del ser humano.

Poco se ha explorado las relaciones entre democracia y el desarrollo de las ciencias humanas, pero es un hecho que solo en sociedades democráticas, de pleno respeto de los derechos humanos y de las individualidades, es posible que dichas ciencias se desarrollen, evolucionen y ofrezcan puntos de vista y teorías que iluminen la naturaleza de la condición humana.

Precisamente, planteamientos tan divergentes entre sí como son los de Piaget, Rorschach, Claparède, Jung, Binswanger y Bleuler expresan la multiplicidad de opiniones, las diferencias de opinión, las posibilidades de desarrollo teórico y de disensiones en el análisis y en las conclusiones que son inherentes a las sociedades democráticas.

En Suiza podemos encontrar un ejemplo de esto. Si bien su historia no está exenta de capítulos de enfrentamientos y de luchas por el poder (Fahrni 1995), sí están totalmente ausentes periodos de regímenes dictatoriales o totalitarios, enemigos por antonomasia de la libertad de pensamiento y de la creatividad.

Porque en una atmósfera de respeto a la individualidad y a la diversidad es posible que la creatividad pueda desarrollarse sin temores ni cortapisas. Ese es el caso de Hermann Rorschach y sus láminas.

Una reflexión acerca del futuro del *Psicodiagnóstico de Rorschach*

Como hemos visto, el *Psicodiagnóstico* ha tenido una larga existencia, mucho más larga que la que tuvo su creador. Y, además, goza de mucha vitalidad, si se tiene en cuenta la bibliografía acerca de él y el número de sociedades académicas que lo tienen como el centro de sus intereses y actividades (la más importante de las cuales es *The International Society of the Rorschach and Projective Methods*, fundada el 13 de setiembre de 1952 en Berna, Suiza, que edita *Rorschachiana*, de aparición anual).

Pero, ¿cuál será su futuro? ¿seguirán siendo usadas las láminas que lo conforman tal como hasta ahora ha sucedido?

Es riesgoso emitir pronósticos, más aún si se tiene en consideración que la psicología viene experimentando cambios dramáticos. Al decaimiento del neoconductismo y al auge de la psicología cognitiva se ha sumado la aparición de las neurociencias, cuyo impacto y aporte (bienvenidos por unos y recibidos con escepticismo por otros) determinarán que el saber psicológico revise -como lo hace ya hoy- más de uno de sus planteamientos⁶.

Esos cambios, sin embargo, podrían respetar al *Psicodiagnóstico*, y hacer que se lo viera de nuevo como un reactivo que evalúa la percepción y que, por tanto, puede ofrecer valiosa información acerca del

funcionamiento cognitivo, algo que ya hace ahora, pero de un modo aún más preciso ya que la información sería enriquecida y enriquecería a su vez los hallazgos de las neurociencias (véase por ejemplo los planteamientos propuestos por Peled & Geva 2000; así como también Hori *et al.* 2002).

Esto, que hoy se aventura como pronóstico, podría convertirse en realidad, tal como viene sucediendo con algunos planteamientos psicoanalíticos, hasta hace poco considerados como meras especulaciones, y que sin embargo, han encontrado creciente respaldo en los resultados de las neurociencias (Solms 2006, Solms & Nersessian 1999, Kandel 2012).

Consideraciones finales

El siglo XX es aquel en el cual el desarrollo tecnológico ha alcanzado una velocidad vertiginosa. Cientos de instrumentos y objetos, unos grandes y otros pequeños pero todos inimaginables en las centurias previas, han invadido y reconfigurado la vida cotidiana de la humanidad.

Desde el avión (que ha revolucionado y acelerado la movilidad de las personas a través de grandes distancias) en el polo de lo imponente, hasta la cafetera eléctrica en el extremo de lo simple y diario, encontramos al televisor, la computadora, el microondas, la lavadora, el teléfono celular, el disco compacto: sin ellos la vida del ser humano común y corriente sería muy distinta.

Casi todas las ciencias y profesiones se han visto asimismo beneficiadas por esa invasión tecnológica. En el caso de la medicina las nuevas tecnologías han impactado de modo favorable en la prevención, el diagnóstico y el tratamiento de enfermedades: allí están, para demostrarlo, el electroencefalógrafo, el electrocardiógrafo, el tomógrafo y el campímetro.

No es ese el caso de la psicología. En la psicología clínica, la psicología organizacional, en la social y en la educativa, los psicólogos seguimos empleando la entrevista en profundidad, los inventarios, los

⁶ Algunas veces se alzan ya sobre el particular, como la de Jerome Kagan, importante psicólogo norteamericano (*vide* Kagan 2012)

cuestionarios, los tests objetivos y las pruebas proyectivas, una de las cuales es el *Psicodiagnóstico* de Rorschach.

Por muchas razones, pero quizás por el objeto mismo de la psicología, no ha sido posible que esta desarrolle una tecnología impresionante en sus dimensiones y sorprendente en sus resultados, de modo tal que la personalidad, la motivación y la inteligencia -los tres grandes conceptos de la ciencia psicológica- puedan ser exploradas con el nivel de precisión que ofrece la tecnología en otras ciencias.

Las láminas del *Psicodiagnóstico* de Rorschach forman parte de esa tecnología modesta que tenemos a nuestro alcance los psicólogos. Para algunos, las láminas son la cumbre de esa tecnología, pero para otros deberían más bien ser dejadas de lado.

¿Por qué esas contradicciones?

Pues porque un rasgo central de toda tecnología es, aparte de su utilidad y de su nivel de precisión, la libertad de ella con respecto a las capacidades y características de personalidad de sus usuarios. Una computadora funcionará igual no importa quién la emplee, un introvertido o un extravertido, una enfermera o una ama de casa.

Eso es lo que precisamente *no* sucede con las láminas de Rorschach. En las manos de unos ofrece resultados valiosos, y son ellos los que reclaman la necesidad de evaluarlas científicamente tomando en consideración la así llamada validez clínica.

Pero en las manos de otros lo que ofrece el *Psicodiagnóstico* no solo es pobre sino sobre todo dudoso. Son ellos los que promueven su abandono señalando que los procedimientos científicos no dependen en absoluto de la genialidad de quien los emplea, sino que pueden ser utilizados por todo aquel que tenga el entrenamiento adecuado⁷.

⁷ Esa crítica, en principio formulada al psicoanálisis (Borch-Jacobsen & Shamdasani 2012), es extendida también al *Psicodiagnóstico* de Rorschach por sus detractores.

La polémica continuará y no es este el lugar para tratarla tomando en consideración a los protagonistas, los argumentos y contraargumentos, y las victorias y derrotas de cada bando.

En algo estaremos de acuerdo, sin embargo: las láminas de Rorschach son una creación cultural del siglo XX. No tienen, por supuesto, las dimensiones imponentes de un avión ni despiertan la atracción ni mueven al uso cotidiano como el televisor o la computadora. Su presencia es, ciertamente, mucho más modesta. Pero su ambición es, sin duda, mucho mayor: ellas quieren conocer ese mundo inconmensurable que es la vida psicológica de cada uno de nosotros.

Referencias

Allende Navarro, F. (1969). La prueba de Rorschach en sordomudos. I. Breve introducción y reminiscencias a la investigación en sordomudos por el método de Rorschach. *Revista de Neuropsiquiatría*, Lima, 32, 153-160.

Allende Navarro, F. & Aliaga, P. (1969). La prueba de Rorschach en sordomudos. II. Estudio de 5 niños y 19 adolescentes sordomudos. *Revista de Neuropsiquiatría*, Lima, 32, 161-179.

Alonso Álvarez, A. Colli Alonso, M. (2001). Técnica de Rorschach: antecedentes, situación actual, y perspectivas. *Revista Cubana de Psicología*, 18, 57-62.

Baberowski, J. (2012). *Verbrannte Erde. Stalins Herrschaft der Gewalt*. Munich: Beck.

Benton, A. L. (1950). The experimental validation of the Rorschach test. *British Journal of Medical Psychology*, 23 (1-2), 45-58.

Bohm, E. (1951). *Lehrbuch der Rorschach-Psychodiagnostik. Für Psychologen, Aerzte und Pädagogen*. Berna: Huber.

Borch-Jacobsen, M. & Shamdasani, S. (2012). *Dossier Freud. L'invenzione della legenda psicoanalitica*. Roma: Boringhieri.

Boring, E. G. (1942). *Sensation and perception in the history of experimental psychology*. New York: Appleton-Century-Crofts.

Butcher, J. N., ed. (1996). *International adaptations of the MMPI-2: research and clinical applications*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.

Butcher, J. N. (2010). Personality assessment from the Nineteenth to the early Twenty-First century: Past achievements and contemporary challenges. *Annual Review of Clinical Psychology*, 6, 1-20.

Clarke, J. C. (1994). *Jung and the East: a dialogue with the orient*. Londres: Routledge.

Dorsch, F. (1963). *Geschichte und Probleme der Angewandten Psychologie*. Berna: Hans Huber.

Dueñas Becerra, J. & Colli Alonso, M. (2003). La enseñanza del Rorschach en Cuba. Antecedentes históricos y estado actual. *Revista Cubana de Psicología*, 20, 50-53.

Ellenberger, H. F. (1967). Vida y obra de Hermann Rorschach (1884-1922). En: Rorschach, H., *Obras menores e inéditas*, Madrid, Morata, 25-66.

Endara, J. (1954). *Psicodiagnóstico de Rorschach. Técnica general y aplicaciones clínicas*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Epicteto (2007). *Enquiridión*. Palma de Mallorca: José J. de Olañeta.

Erdberg, Ph. & Weiner, I. B. (2007). John E. Exner, Jr. (1928-2006). *American Psychologist*, 62 (1), 54.

Exner, J. (1995). *The Rorschach: a comprehensive system*. Vol. 1: Basic foundations. New York: Wiley.

Exner Jr., J. E. (2004). Vorwort. En: Müller, Ch. & Signer, R., eds., *Hermann Rorschach (1884-1922). Briefwechsel*, Berna – Gotinga – Toronto – Seattle, Verlag Hans Huber, 7-8.

Fahrni, D. (1995). *Historia de Suiza. Ojeada a la evolución de un pequeño país desde sus orígenes hasta nuestros días*. Zurich: Fundación Suiza de Cultura Pro Helvetia.

Fernández Olazábal, P. & Pardo Palomino, J. F. (2008). *El Rorschach: una visión integradora*. La Habana: Editorial Ciencias Médicas, 2da. ed.

Flachier del Alcázar, J. (1995). *Rorschach: interpretación formal*. Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador, 2da. edición.

Freud, S. (1968a). La interpretación de los sueños. En: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, vol. 1, 231-584.

Freud, S. (1968b). Psicopatología de la vida cotidiana. En: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, vol. 1, 629-769.

Freud, S. (1968c). El chiste y su relación con lo inconsciente. En: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, vol. 1, 825-937.

Gacono, C. B. & Evans, B. (2008). Preface. En: Gacono, C. B.; Evans, F. B.; Kaser-Boyd, N. & Gacono, L. A., eds., *The handbook of forensic Rorschach assessment*, New York – Oxon, Lawrence Erlbaum, XI-XIX.

Gombrich, E. H. (2011). *La preferencia por lo primitivo. Episodios de la historia del gusto y el arte de Occidente*. Londres: Phaidon.

Handler, L. (1995). Maria Rickers-Ovsianskina: a Russian expatriate in America. A review of Rorschach psychology. *Journal of Personality Assessment*, 65 (1), 169-185.

Harrison, C. E. & Johnson, A., eds. (2009). *National identity: the role of science and technology*. Osiris, vol. 24.

Hathaway, S. R. & McKinley, J. C. (1940). A multiphasic personality schedule (Minnesota): I. Construction of the schedule. *Journal of Psychology*, 10, 249-254.

Hori, Y.; Fukuzako, H.; Sugimoto, Y. & Takigawa, M. (2002). Eye movements during the Rorschach test in schizophrenia. *Psychiatry and Clinical Neurosciences*, 56, 409-418.

Huarag Álvarez, E. (2011). *Mitos de origen y el trasmundo en las culturas prehispánicas y amazónicas*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

- Kagan, J. (2012). *Psychology's ghosts. The crisis in the profession and the way back.* New Haven – Londres: Yale University Press.
- Kandel, E. R. (2012). *The age of insight. The quest to understand the unconscious in art, mind, and brain, from Vienna 1900 to the present.* New York: Random House.
- Keller, L. S. & Butcher, J. N. (1991). *Assessment of chronic pain patient with the MMPI-2.* Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Kleiger, J. H. (1993). *The enduring Rorschach contributions of David Rapaport.* *Journal of Personality Assessment*, 61 (1), 198-205.
- Klopfer, B.; Ainsworth, M. D.; Klopfer, W. G. & Holt, R. R. (1954). *Developments in the Rorschach technique. Vol. 1: Technique and theory.* Yonkers-on-Hudson: World Book.
- Klopfer, B.; Ainsworth, M. D.; Klopfer, W. G. & Holt, R. R. (1956). *Developments in the Rorschach technique. Vol. 2: Fields of application.* Yonkers-on-Hudson: World Book.
- Klopfer, B.; Meyer, M.; Brawer, F. & Klopfer, W. (1970). *Developments in the Rorschach technique. Vol. 3: Aspects of personality structure.* New York: Harcourt Brace, Jovanovich.
- León, R. (2005). *Cinco ensayos acerca de Vygotsky.* Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Lilienfeld, S. O.; Wood, J. M. & Garb, H. (2001). *What's wrong with this picture.* *Scientific American*, 284 (5), 80-87.
- McCully, R. S. (1981). *Theodora Alcock (1888-1980).* *Journal of Personality Assessment*, 45 (2), 115.
- Megargee, E. I. & Spielberger, Ch. D. (1992). *Personality assessment in America: an introduction.* En: Megargee, E. I. & Spielberger, Ch. D., eds., *Personality assessment in America. A retrospective on the occasion of the fiftieth Anniversary of the Society for Personality Assessment*, Hillsdale NJ, Lawrence Erlbaum, 1-14.
- Moghaddam, F. M. (2009). *Great ideas in psychology. A cultural and historical introduction.* Oxford: Oneworld.
- Morgan, W. G. (1995). *Origin and history of the Thematic Apperception Test images.* *Journal of Personality Assessment*, 65 (2), 237-254.
- Murray, H. A. (1973). *Test de Apercepción Temática.* Buenos Aires: Paidós, 6ta. edición.
- Pascual del Roncal, F. (1949). *Teoría y práctica del Psicodiagnóstico de Rorschach.* México: Univ. Society Mexicana.
- Pass, S. (2004). *Parallel paths to constructivism. Jean Piaget and Lev Vygotsky.* Greenwich, Conn.: Information Age Publishing.
- Pastore, N. (1971). *Selective history of theories of visual perception 1650-1950.* Oxford: Oxford University Press.
- Peled, A. & Geva, A. B. (2000). *The perception of Rorschach inkblots in schizophrenia: a neural network model.* *Int. Journal of Neuroscience*, 104, 49-61.
- Piotrowski, Z. A. (1957). *Perceptanalysis: the Rorschach method fundamentally reworked, expanded, and systematized.* Filadelfia: Ex Libris.
- Prinz, A. (2000). "Und jedem Anfang wohnt ein Zauber inne". *Die Lebensgeschichte des Hermann Hesse.* Frankfurt: Suhrkamp.
- Richardson, J. T. E. (2004). *The origins of inkblots.* *The Psychologist*, 17 (6), 334-335.
- Richebächer, S. (2008). *Sabina Spielrein. Eine fast grausame Liebe zur Wissenschaft.* Biographie. Munich.
- Rorschach, H. (1924). *Valor del experimento de interpretación de formas para la psicoanálisis.* *Revista de Psiquiatría y Disciplinas Conexas*, 5 (4), 293-338.
- Rorschach, H. (1967). *Obras menores e inéditas.* Madrid: Morata (recopiladas por K. W. Bash).
- Rorschach, H. (2000). *Psicodiagnóstico. Una prueba basada en la percepción.* México DF: El Manual Moderno.

Rorschach, H. & Oberholzer, E. (1923). The application of the interpretation of form to psychoanalysis. *Journal of Nervous and Mental Diseases*, 60, 225-248, 359-379.

Rose, K. W.; Levold, E. & Hiltzik, L. R. (1992). Ivan Pavlov on communist dogmatism and the autonomy of science in the Soviet Union in the early 1920s. *Integrative Physiological and Behavioral Science*, 27 (3), 267-278.

Schafer, R. (1954). *Psychoanalytic interpretation in Rorschach testing*. New York: Grune & Stratton.

Scharfetter, C. (2006). Eugen Bleuler 1857-1939. *Polyphrenie und Schizophrenie*. Zürich: Hochschulverlag AG an der ETH Zürich.

Schwartz, B. (1991). Social change and collective memory: the democratization of George Washington. *American Sociological Review*, 56, 221-236.

Schwartz, B. (1997). Memory as a cultural system. Abraham Lincoln in World War I. *International Journal of Sociology and Social Policy*, 17 (6), 22-56.

Schwartz, B. & Schumann, H. (2005). History, commemoration, and belief: Abraham Lincoln in American memory, 1945-2001. *American Sociological Review*, 70, 183-203.

Signer, R. (2012a). *Inventory Fonds Emil Oberholzer*. Berna: The Hermann Rorschach Archives and Museum.

Signer, R. (2012b). *Inventory Fonds Hermann Rorschach*. Berna: The Hermann Rorschach Archives and Museum (80 pgs.).

Solms, M. (2006). Freud returns. En: Bloom, F., ed., *Best of the brain from Scientific American*. New York – Washington DC: Dana Press.

Solms, M. & Nersessian, E. (1999). Freud's theory of affect: questions from neuroscience. *Neuropsychanalysis*, 1 (1), 5-12.

Vendrig, A. A. (2000). The Minnesota Multiphasic Personality Inventory and chronic pain: a conceptual analysis of a long-standing but complicated relationship. *Clinical Psychology Review*, 20 (5), 533-559.

Windholz, G. (1993). I. P. Pavlov vs. N. I. Bukharin: the critical mind and the arrogance of power. *Integrative Physiological and Behavioral Science*, 28 (2), 143-150.

Winkler Müller, M. I. (2007). *Pioneras sin monumento: mujeres en psicología*. Santiago: LOM.